

atención de los franceses para que dejaran de vivir alerta. Brune mandaba á un mismo tiempo los ejércitos francés y bávaro, no teniendo á su disposición más que siete mil franceses y diez mil holandeses mandados por Daendels. Dirigió la división báltava á las cercanías de Hélder, y colocó la francesa en las inmediaciones de Harlem: de suerte que al desembarcar Abercrombie se encontró con los holandeses en Groot-Keeten, los rechazó y logró así asegurar el desembarco de sus tropas. No les faltó valor en esta ocasión á los holandeses; pero no fueron dirigidos con bastante habilidad por el general Daendels, viéndose obligados á replegarse. Brune los recogió, dando sus disposiciones para acometer en breve á las tropas desembarcadas antes de que se situasen ventajosamente y recibiesen el refuerzo de las divisiones inglesas y rusas que debían incorporárseles.

Los holandeses manifestaron entonces los mejores deseos, ofreciéndose sus guardias nacionales á custodiar las plazas, con lo cual Brune pudo disponer de nuevas tropas. Envio á llamar á la división de Dumonceau que constaba de seis mil hombres, y resolvió atacar en los primeros días de septiembre el campo en que acababan de establecerse los ingleses. Era éste el terrible Zip, antiguo pantano desaguado por la industria holandesa, que formaba un vasto terreno atravesado de canales, entorpecido con diques, y cubierto de habitaciones. Ocupábanle diez y siete mil ingleses, los cuales habían construído muy buenas obras de defensa, y Brune podía acometerle con veinte mil hombres cuando más, fuerzas que no eran suficientes, atendida la naturaleza del terreno. Acercóse al campo el 22 fructidor (8 de septiembre), y después de un obstinado combate, se vió obligado á retirarse á Amsterdam, desde cuyo momento no podía ya evitar que se reuniesen todas las fuerzas anglo-rusas, y tenía necesidad de aguardar á que se formase un ejército francés para ir á atacarlas. Esta posición de los ingleses en el Norte de Holanda produjo lo que debía temerse tanto, la desertión de la gran escuadra holandesa. Como no se había cerrado el Texel, el almirante inglés Mitchell pudo penetrar en él con todos sus buques, y estando ya ganados los marineros holandeses por los emisarios del príncipe de Orange, á la primera intimación del almirante Mitchell se sublevaron y obligaron al suyo, Story, á rendirse; y así quedó en poder de los ingleses toda la marina holandesa, lo cual era ya una imponderable ventaja para ellos.

Estas noticias, que una tras otra iban llegando á París, produjeron el efecto que naturalmente debía esperarse, aumentando la irritación de los partidos y especialmente el furor de los patriotas, que pedían con más empeño que nunca la adopción de los grandes medios revolucionarios. La libertad concedida á los periódicos y clubs hizo renacer innumerables de unos y otros, y los restos del partido jacobino se reunían en el antiguo salón del Picadero, donde se celebraron nuestras primeras asambleas. Aunque la ley prohibía á las sociedades populares tomar la forma de asambleas deliberantes, la sociedad del Picadero no por eso dejó de nombrarse bajo diferentes títulos, presidente, secretarios, etc. Concurrían allí el ex ministro Bouchotte, Drouet, Félix Lepelletier y Arena, discípulos todos ó cómplices de Babouff; se invocaban los manes de Goujón, de Soubrany y de las víctimas de Grenelle, pidiendo, á imita-

ción de 1793, el castigo de todas las sanguiuuelas del pueblo, el desarme de los realistas, la leva en masa, el establecimiento de fábricas de armas en las plazas públicas y la restitución de cañones y picas á los guardias nacionales, etc... Exigían principalmente que se encausase á los antiguos directores, á quienes atribuían los últimos desastres como resultados de su administración. Cuando llegó la noticia de la batalla de Novi y de los acontecimientos de Holanda, estalló el mayor furor, injuriando á los generales, llamando tímido á Moreau, y atribuyendo al mismo Joubert, á pesar de su heroica muerte, la pérdida del ejército, por haber tardado en ir á incorporarse. Llenóse de ultrajes á la joven esposa de este último, y á MM. de Semonville, Sainte-Foy y Talleyrand, á quienes atribuían su matrimonio; acusaron de traidor al gobierno holandés, diciendo que lo componían aristócratas y estatudieranos, enemigos de Francia y de la libertad. *El diario de los hombres libres*, órgano del mismo partido que se reunía en el salón del Picadero, repetía todas estas declamaciones, añadiendo al escándalo de las palabras el de la impresión.

Este desenfreno causaba una especie de terror en muchos ánimos, y temían que se reprodujesen las escenas del 93, al paso que los que se llamaban *moderados ó políticos*, que á imitación de Sieyes tenían la laudable intención y arriesgado propósito de salvar á Francia del furor de los partidos, constituyéndola de nuevo, se indignaban por el desenfreno de los nuevos jacobinos. Sieyes especialmente estaba acostumbrado á temerlos, y se declaraba contra ellos con toda la vivacidad de su carácter; pero en realidad no podían menos de aparecer temibles, porque además de los alborotadores y revolucionarios que deplegaban su energía en los clubs y en los periódicos, contaban con secuaces más graves y poderosos, y por consiguiente de más peligro para el mismo gobierno. En los Consejos estaban todos los patriotas rechazados primeramente por las escisiones é introducidos por fuerza en las elecciones de este año, los cuales repetían, aunque en lenguaje más moderado, casi todo lo que se decía en la sociedad del Picadero. Éstos eran los que no querían correr los riesgos de una nueva constitución, desconfiando además de los que querían hacerla, y temiendo que se buscara en los generales un temible apoyo. Desearan asimismo, para librar de todo peligro á Francia, resoluciones semejantes á las que había tomado el comité de salvación pública. Los Ancianos, como más templados y prudentes por su posición, no se avenían mucho á este dictamen; pero en los Quinientos sosteníanle con calor más de doscientos individuos, entre quienes no sólo había hombres frenéticos, como Augereau, sino prudentes é ilustrados, como Jourdan, los dos generales que mayor ascendiente daban en los Quinientos al partido patriota. Éste tenía dos secuaces en el Directorio: Gohier y Moulins. Barras permanecía indeciso, pues por una parte desconfiaba de Sieyes, que le manifestaba muy poco afecto, mirándole como pervertido, y por otra temía á los patriotas y sus extravagancias, vacilando así en el partido á que se agregaría. Los patriotas acababan de hallar en el ministerio un apoyo en Bernadotte, cuyo general no era tan decidido como la mayor parte de los del ejército de Italia, debiendo recordarse que su división chocó al llegar al Tagliamento

con la de Augereau con motivo de la expresión *caballero*, que substituía á la de *ciudadano*; pero Bernadotte sentía una ambición inquieta; vió con desagrado la confianza que daba á Joubert el partido reorganizador, y temía que se pensase en Moreau, muerto ya Joubert, circunstancia que le indisponía contra los proyectos de reorganización y le aproximaba enteramente á los patriotas. Lo mismo que Bernadotte pensaba el general Marbot, gobernador de la plaza de París, y acalorado republicano.

Así no era extraño que infundiesen algún respeto doscientos diputados de los Quinientos, á cuyo frente se hallaban dos famosos generales, el ministro de la Guerra, el gobernador de la plaza de París, dos directores, muchos periódicos y sociedades y una multitud de hombres comprometidos y dispuestos á cualquier tentativa, y aunque no era posible que renaciera el partido de la Montaña, era bien disculpable el temor que todavía inspiraba á los hombres que no podían borrar de su memoria los recuerdos de 1793.

Bourguignon no inspiraba mucha confianza en el desempeño de las funciones de la policía porque, aunque era un honrado ciudadano, tenía muy limitados alcances, y Barras propuso á Sieyes la elección del adulador y taimado Fouché, hechura suya, á quien acababa de enviar de embajador á Holanda. Antiguo individuo de los jacobinos, perfectamente instruído en su conducta y secretos, pero sin embargo, enemigo declarado de su causa, sin atender en el naufragio de los partidos más que á salvar su fortuna, Fouché era el más á propósito para espiar á sus antiguos amigos y tranquilizar al Directorio acerca de sus proyectos. Accedieron á su nombramiento Sieyes y Ducós, y obtuvo el ministerio de Policía.

Esta adquisición era de inmenso valor en semejantes circunstancias, y con ella confirmóse Barras en la idea de unirse más bien al partido reorganizador que al patriota, porque este último carecía de porvenir y podía además llevarle demasiado lejos.

Apenas tomada aquella resolución, empezó á hacerse la guerra á los patriotas, y Sieyes, que gozaba de grande influjo en los Ancianos, porque todo este Consejo se componía de *moderados y políticos*, aprovechóse de él para cerrar la nueva sociedad de los jacobinos. El salón del Picadero, próximo á las Tullerías, se hallaba comprendido en el recinto del palacio de los Ancianos, y como cada Consejo tenía la policía de su local, los Ancianos podían hacer cerrar aquel salón. Efectivamente, la comisión de inspectores extendió un acuerdo y prohibió toda reunión en él, bastando un solo centinela que se colocó á la puerta para impedir la reunión de los nuevos jacobinos: prueba evidente de que, si las palabras eran las mismas, las fuerzas distaban mucho de serlo. Dió margen á este acuerdo del Consejo de los Ancianos un informe del diputado Cornet; y Courtois, el mismo que dió el informe sobre el 9 termidor, se aprovechó de él para denunciar nuevamente las maquinaciones de los jacobinos, y á su acusación se siguió una deliberación con el objeto de ordenar un informe particular.

Expulsados los patriotas del salón del Picadero, se retiraron á un espacioso local de la calle del Bac, donde se entregaron á sus acostumbradas declamaciones; mas como su organización seguía siendo la misma, la

Constitución facultaba al poder ejecutivo para disolver la sociedad. Resolvieron, pues, cerrarla Sieyes, Roger-Ducós y Barras á sugestión de Fouché; pero Gohier y Moulins no eran de este dictamen, diciendo que en el actual peligro era necesario reanimar por medio de sociedades el espíritu público; que en la de los nuevos jacobinos había gente turbulenta, pero no facciosos temibles, puesto que habían cedido á un solo centinela cuando se cerró el salón del Picadero.

Lejos de dar oídos á su dictamen, se aprobó la resolución, difiriéndose ponerla en práctica hasta después que se celebrara el aniversario del 10 de agosto, el cual debía efectuarse el 23 termidor. Sieyes, como presidente del Directorio, debía hablar en aquella solemnidad. Pronunció, en efecto, un discurso notable, en el que se fijó en señalar el peligro á que exponían á la república los nuevos anarquistas, denunciándolos como conspiradores temibles, que soñaban una nueva dictadura revolucionaria. Los patriotas presentes en la ceremonia acogieron mal este discurso, profiriendo algunos gritos en medio de las salvas de artillería. Sieyes y Barras creyeron percibir el silbido de proyectiles junto á sus oídos, y volvieron al Directorio sumamente irritados. Desconfiando de las autoridades de París, resolvieron retirar el mando de la plaza al general Marbot, á quien se acusaba de ser un fogoso patriota y participar en los supuestos complots de los jacobinos. Fouché propuso en su lugar á Lefebvre, valeroso general que sólo conocía la consigna militar y del todo extraño á las intrigas de los partidos. Marbot fué destituido por lo tanto, y al día siguiente se publicó el decreto que mandaba cerrar la sociedad de la calle del Bac.

Los patriotas no opusieron más resistencia en la calle del Bac que en el salón del Picadero: retiráronse y permanecieron definitivamente separados; pero quedábanles los periódicos é hicieron un temible uso de ellos. El que se titulaba *Diario de los hombres libres* declamó con extremada violencia contra todos los individuos del Directorio conocidos por haber aprobado la deliberación, y Sieyes fué tratado cruelmente.

«Ese pérfido clérigo, decían los diarios patriotas, ha vendido la república á Prusia; se ha convenido con esta potencia para restablecer en Francia la monarquía y dar la corona á Brunswick.» Estas acusaciones no tenían más fundamento que la opinión bien conocida de Sieyes sobre la Constitución y su residencia en Prusia. Repetía diariamente, en efecto, que los alborotadores y charlatanes imposibilitaban todo gobierno; que era preciso concentrar la autoridad; que la libertad podía ser compatible hasta con la monarquía, como lo demostraba Inglaterra, pero incompatible con aquella dominación sucesiva de todos los partidos. Atribuíanle también haber dicho que en el Norte de Europa abundaban los príncipes sabios y moderados, quienes podrían hacer la felicidad de Francia con una sólida constitución. Estas expresiones, verdaderas ó falsas, bastaban para que se le imputasen complots que no existían sino en la imaginación de sus enemigos. Barras no era mejor tratado que Sieyes; habían cesado ya las consideraciones que los patriotas le dispensaron largo tiempo por haberles lisonjeado siempre con su apoyo. Declarábanle ya traidor y hombre corrompido, que para ningún partido era bueno. Fouché, su consejero y apóstata como él, era

objeto de las mismas censuras, y á Roger-Ducós se le consideraba como un imbécil, que participaba ciegamente del parecer de los dos traidores.

La libertad de imprenta era ilimitada: no habiendo sido aprobada la ley propuesta por Berlier, sólo existía un medio para atacar á los escritores, y era reproducir una ley de la Convención contra aquellos que en sus acciones ó escritos tendieran á derribar la república. Era preciso que se manifestase esta intención para que la ley fuera aplicable, en cuyo caso imponía ésta la pena de muerte, no siendo por lo tanto posible hacer uso de ella. Habíase pedido al cuerpo legislativo una nueva ley, y decidióse ocuparse del asunto inmediatamente; pero entretanto continuaba el desencadenamiento con la misma violencia, y los tres directores que constituían la mayoría declaraban que era imposible gobernar.

Entonces imaginaron aplicar á este caso el artículo 144 de la Constitución, que confería el derecho de expedir órdenes de prisión contra los autores ó cómplices de los complots fraguados contra la república. Necesitábase desfigurar singularmente este artículo para aplicarle á los periodistas; pero como era un medio para contener el desbordamiento de sus escritos, ocupando sus prensas y encarcelando á las personas, la mayoría directorial, por consejo de Fouché, expidió órdenes de prisión contra los directores de once periódicos, mandando embargar sus prensas. El decreto fué presentado en 17 fructidor (3 septiembre) al cuerpo legislativo, y produjo una sublevación en los patriotas, quienes gritaron que aquello era un golpe de Estado, la dictadura, etc.

Tal era la situación: en el Directorio, en los Consejos, en todas partes, en fin, los moderados, los políticos luchaban contra los patriotas. Los primeros tenían la mayoría en el Directorio y en los Consejos; los patriotas estaban en minoría, pero llenos de ardimiento, hacían bastante ruido para atemorizar á sus adversarios. Felizmente, los medios estaban gastados como los partidos, y por una y otra parte podían infundirse miedo sin causarse gran daño. El Directorio había cerrado dos veces la nueva sociedad de los jacobinos, suprimiendo sus periódicos. Los patriotas gritaban y amenazaban, mas ya no tenían suficiente audacia ni partidarios para atacar al gobierno.

En aquella situación, que duraba desde el 30 pradiel, es decir, cerca de tres meses, se tuvo la idea, tan común en la víspera de los acontecimientos decisivos, de efectuar una reconciliación. Muchos diputados de todos los partidos propusieron una entrevista con los individuos del Directorio para explicarse y entenderse sobre sus mutuas quejas. «Todos amamos la libertad, decían, todos queremos salvarla de los peligros á que se halla expuesta por la derrota de nuestros ejércitos; tratemos de entendernos sobre la elección de los medios, toda vez que esta es la única causa de estar desunidos.» La entrevista efectuóse en casa de Barras. No hay ni puede haber reconciliación entre los partidos, porque sería necesario que renunciasen á su objeto, lo cual no se puede obtener con una conversación. Los diputados patriotas se quejaron de que se hablaba todos los días de complots, y de que el mismo presidente del Directorio había señalado una clase de hombres

peligrosos, los cuales meditaban la ruina de la república. Exigían que se indicase quiénes eran esos hombres, á fin de no confundirlos con los patriotas. Sieyes, á quien se dirigía esta interpelación, contestó recordando la conducta de las sociedades populares y de los diarios y señalando los peligros de una nueva anarquía. Pidiósele después que designara los verdaderos anarquistas, para reunirse contra ellos y combatirlos. «¿Y cómo reunimos contra ellos, dijo Sieyes, cuando todos los días suben á la tribuna individuos del cuerpo legislativo para apoyarlos? — ¡A nosotros es entonces á quienes atacáis!, replicaron los diputados á quienes Sieyes acababa de hacer esta observación. Cuando queremos explicarnos con vos, nos injuriáis y rechazáis.» Comenzaban á enojarse ya unos y otros, y separáronse en el acto, dirigiéndose más bien palabras amenazadoras que conciliadoras.

Inmediatamente después de esta entrevista, Jourdan formó el proyecto de presentar una proposición importante, la de declarar la patria en peligro; envolvía la idea de un levantamiento general y varias grandes medidas revolucionarias, y fué presentada al Consejo de los Quinientos el 25 fructidor (13 septiembre). El partido moderado la combatió vivamente, diciendo que esta medida, lejos de dar fuerza al gobierno, no haría sino disminuirla, excitando temores exagerados y agitaciones peligrosas. Los patriotas sostuvieron que se necesitaba dar un gran impulso para despertar el espíritu público y salvar la revolución. Este medio, excelente en 1793, no podía producir ya buen resultado, y era sólo una aplicación del pasado.

Luciano Bonaparte, Boulay del Meurthe y Chenier le combatieron con energía, y obtúvose el aplazamiento hasta el día siguiente. Los patriotas de los clubs habían rodeado el palacio de los Quinientos en tumulto é insultaron á varios diputados. Propalóse el rumor de que Bernadotte iba á montar á caballo á la cabeza de ellos y dar un buen golpe. Cierta es que le habían instado vivamente algunos alborotadores del partido, y podía temerse que se dejara seducir; pero Barras y Fouché fueron á verle y entraron en explicaciones, hallándose muy resentido contra los proyectos que según dijo se habían formado con Joubert. Barras y Fouché le aseguraron que no era cierto, invitándole á permanecer tranquilo.

Volviendo después en busca de Sieyes, convinieron en arrancar á Bernadotte su dimisión sin dársela. Sieyes, que habló con Bernadotte aquel mismo día, indíjole á decir que deseaba volver al servicio activo y que consideraba el mando de un ejército como la más grata recompensa de su ministerio. Interpretando estas palabras por un deseo de dimitir, Sieyes, Barras y Roger-Ducós resolvieron escribir en el acto á Bernadotte diciéndole que se aceptaba su dimisión; aprovecharon el momento en que Gohier y Moulins se hallaban ausentes, y al otro día se envió la carta á Bernadotte. Este último quedó sorprendido; contestó al Directorio con una carta muy amarga en la cual decía que se aceptaba su dimisión sin presentarla, pidiendo su sueldo de reemplazo. La noticia de esta destitución embozada se anunció en el Consejo de los Quinientos en el instante en que se iba á votar sobre el peligro de la patria y produjo grandes rumores. «Se preparan golpes de Estado,

gritaron los patriotas. — Juremos, dijo Jourdan, morir en vuestras sillas curules. — Mi cabeza caerá, exclamó Augereau, antes que se ataque á la representación nacional.» Después de un gran tumulto procedióse al fin á votar, y por una mayoría de doscientos cuarenta y cinco votos contra ciento setenta y uno desechóse la proposición de Jourdan, no declarándose la patria en peligro.

Cuando supieron los dos directores Gohier y Moulins la destitución de Bernadotte, acordada sin su participación, quejáronse á sus colegas, diciendo que no debía adoptarse semejante medida sin el concurso de los cinco directores. «Formábamos la mayoría, contestó Sieyes, y estábamos autorizados para hacer lo que hemos hecho.» Gohier y Moulins fueron en el acto á hacer una visita oficial á Bernadotte, y tuvieron cuidado de darle la mayor publicidad.

La administración del departamento del Sena, que inspiraba también alguna desconfianza á la mayoría directorial, fué cambiada, y Dubois-Crancé substituyó á Bernadotte en el ministerio de la Guerra.

La desorganización era, pues, completa por todos conceptos: batida por la coalición y casi derribada en el interior por los partidos, la república parecía amenazada de una próxima ruina. Era preciso que surgiese un poder en alguna parte, ya para dominar á las facciones, ó bien para resistir á los extranjeros; y este poder no podía esperarse ya de un partido vencedor, porque todos estaban igualmente gastados y desacreditados; no podía nacer sino en el seno de los ejércitos, donde reside la fuerza, la fuerza silenciosa, regular y triunfante, como conviene á una nación fatigada por la agitación de las contiendas y la confusión de las voluntades. En medio de este gran trastorno, fijábanse las miradas en los hombres ilustrados durante la revolución, y parecían buscar un jefe. *Basta de charlatanes*, había dicho Sieyes: *lo que aquí se necesita es una cabeza y una espada*. Ya se tenía la cabeza, puesto que estaba él en el Directorio, y buscábase la espada. Hoche había muerto; Joubert, á quien su juventud, su buena voluntad y su heroísmo recomendaban á todos los amigos de la república, acababa de expirar en Novi; Moreau, considerado como el más notable guerrero entre los generales que aún quedaban en Europa, había dejado en los ánimos cierta impresión de un carácter frío, indeciso, poco emprendedor y no suficientemente deseoso de encargarse de una gran responsabilidad. Masseña, uno de nuestros más brillantes generales, no había adquirido aún la gloria de ser nuestro salvador; por otra parte, no se veía en él sino un soldado; Jourdan acababa de ser vencido; Augereau era un hombre turbulento; Bernadotte un espíritu inquieto: pinguno tenía bastante fama. Pero quedaba un gran personaje, que

reunía todas las glorias, que después de obtener cien triunfos alcanzó una hermosa paz; que elevó á Francia al colmo de la grandeza en Campo-Formio, y que al alejarse parecía haberse llevado la fortuna. Era Bonaparte; pero hallábase en países lejanos; llenaba con su nombre los ecos del Oriente; sólo él había quedado victorioso, y hacía resonar en las márgenes del Nilo y del Jordán los cañones con que en otro tiempo atemorizó á Europa en el Adige. No bastaba que fuese glorioso, sino que se le quería interesante, y se le pintaba desterrado por una autoridad desconfiada y celosa. Mientras adquiría como aventurero un nombre tan grande como su imaginación, se le creía un ciudadano sumiso, que pagaba con victorias el destierro á que le condenaron. «¿Dónde está Bonaparte?, decían. Su vida, ya aniquilada, se está consumiendo en un clima abrasador, mientras que si se hallase entre nosotros no se vería amenazada la república de tan inevitable ruina. ¡Europa y las facciones la respetarían á un mismo tiempo!» Circulaban rumores siniestros acerca de él: decía algunas veces que la victoria, infiel á todos los generales franceses, hábale abandonado también en una expedición lejana; pero rechazábanse tales suposiciones, y se contestaba: «Es invencible; lejos de haber sufrido descalabros, avanza para conquistar todo el Oriente.» Atribuíansele planes gigantescos: los unos llegaban hasta decir que había atravesado la Siria, franqueando el Éufrates y el Indo; y los otros, que marchaba triunfante sobre Constantinopla, y que después de haber derribado el imperio otomano, iba á someter á Europa.

El Directorio había enviado á llamarle, habiendo reunido en el Mediterráneo una flota inmensa, compuesta de marinos franceses y españoles, para traer al ejército (1). Los hermanos del general, que se hallaban en París y tenían el encargo de darle á conocer el estado de cosas, enviábanle un parte tras otro para manifestar la situación y trastorno de la república y para instarle á que volviese; pero estos partes debían atravesar los mares y las escuadras inglesas, é ignorábase si el héroe estaba advertido de los trastornos ocurridos y volvería antes de la caída de la república.

(1) Preciso es decir que se ha dudado de esta orden: conócese un acuerdo del Directorio, firmado por Treillard, Barras y Larevelliere con fecha del 7 pradiel, por el cual se llama á Bonaparte á Europa; pero Larevelliere declara en sus memorias no recordar semejante firma, y considera el acuerdo como supuesto. Sin embargo, la expedición marítima de Bruix no se explicaría entonces. Por lo demás, cierto es que el Directorio deseaba en aquella época la presencia de Bonaparte, y que tenía mucho menos su ambición que la ferocidad de Suwarow. Si la orden no es auténtica, es verosímil, y por otra parte tiene poca importancia, puesto que Bonaparte estaba autorizado para volver cuando lo juzgase oportuno.